

5- Continúo recorriendo el valle del Lot asombrándome con: Ste-Eulalie-d'Olt, Saint-Côme-d'Olt, Espalion, Estaing, Entraygues-sur-Truyère - y abandonado el Lot mi destino es la increíble Conques. Después me adentro en el país de Quercy para hacer una visita a Figueac y seguido me dirijo al río Aveyron para conocer Villefranche de Rouergue.

SAINTE EULALIE D'OLT



Saint Geniez amaneció envuelta en una azulada niebla. La vida comercial retornaba a sus calles y los camiones de reparto entorpecían el paso en los estrechos callejones. Deseaba esperar a que el sol se abriese camino en la niebla y contemplar, por última vez, el paisaje de sus añejas casas al borde del Olt.

La niebla se disipaba rápidamente, alcé la mirada y observé el gran disco brillante alzarse sobre la bruma y volví a recorrer la ciudad. El Sol de la mañana me otorgaba unas nuevas perspectivas y esto me permitió completar, bajo otra luz, el reportaje fotográfico de esta magnífica aldea.

Proseguí el viaje a la cercana aldea de Sainte Eulalie d'Olt. Conducía acompañado de una bella naturaleza que, paradójicamente, no aparentaba naturalidad. Era extrañamente cuidada, ordenada y limpia; parecía que los agricultores fuesen también los jardineros de los campos y arquitectos del paisaje.

Conducía por una llanura trasformada en un auténtico tapiz floral y el sol resplandecía en lo alto del cielo. En un lado de la carretera localicé un letrero que indicaba la pertenencia de esta aldea medieval a "Les Plus Beaux Villages de France" y enseguida apareció Sainte Eulalie d'Olt, acurrucada en un remanso de vegetación, en la orilla izquierda del Lot.



La aldea disponía de un gran parquin para los visitantes y que situaba los vehículos entre bellos parterres de flores. Todo estaba muy bien organizado y con numerosas indicaciones que marcaban el lugar de inicio de la visita junto a paneles que mostraban la historia de esta aldea.

Desde este estacionamiento una sola calle llevaba al centro de la aldea. Caminaba, observando la cuidada y exquisita arquitectura de esta población, por una calle que se hallaba flanqueada de rústicos muros de piedra y bellas fachadas embellecidas con adornos florales cubriendo sus paredes, puertas y ventanas.

Como en todo este viaje me acompañaba un agradable silencio, esa bella anomalía de no escuchar ruido de tráfico. Solo el rumor de los pasos de los visitantes y sus conversaciones en voz baja

La calle terminaba en una plaza donde se encontraba una rustica iglesia del s.XI, un castillo del s.XV y un bello palacete renacentista con su torreón. En esta plaza se localizaban las únicas ofertas turísticas con tiendas de souvenirs, un café con su terraza y la oficina de turismo. Desde este lugar emprendí el recorrido por una calle que se internaba en el corazón de esta bella población.





Paseando por el corazón del pueblo, con sus calles antiguas estrechas y sinuosas, descubría el indiscutible encanto de Sainte Eulalie. Descubría calles flanqueadas de una encantadora arquitectura de casas centenarias, con fachadas hermosamente ornamentadas y decoradas de adornos florales. Rosales cubrían sus fachadas, geranios por doquier, hortensias en sus zonas más sombrías... y trepadoras tapizaban sus muros de piedra.

Los adornos florales habían sido regados en ese momento y la humedad poseía un embriagador perfume floral que me acompañaba, a través de sus callejuelas, junto al silencio y la tranquilidad de otro soleado y caluroso día. Era una visita de la que participaban todos los sentidos: la vista llena de imágenes multicolor... el olfato con fragancias a tierra... campo y fragancia a perfume natural... el tacto del sol sobre la piel... y los sonidos del silencio...

Las casas, estupendamente rehabilitadas y cuidadas, se alineaban en la calle principal de la que partían algunos callejones que llevaban a la orilla del río. Algunas de estas casas fueron construidas con piedra tallada, pero muchas otras están edificadas con piedras pulidas extraídas del río, en este mismo lugar.





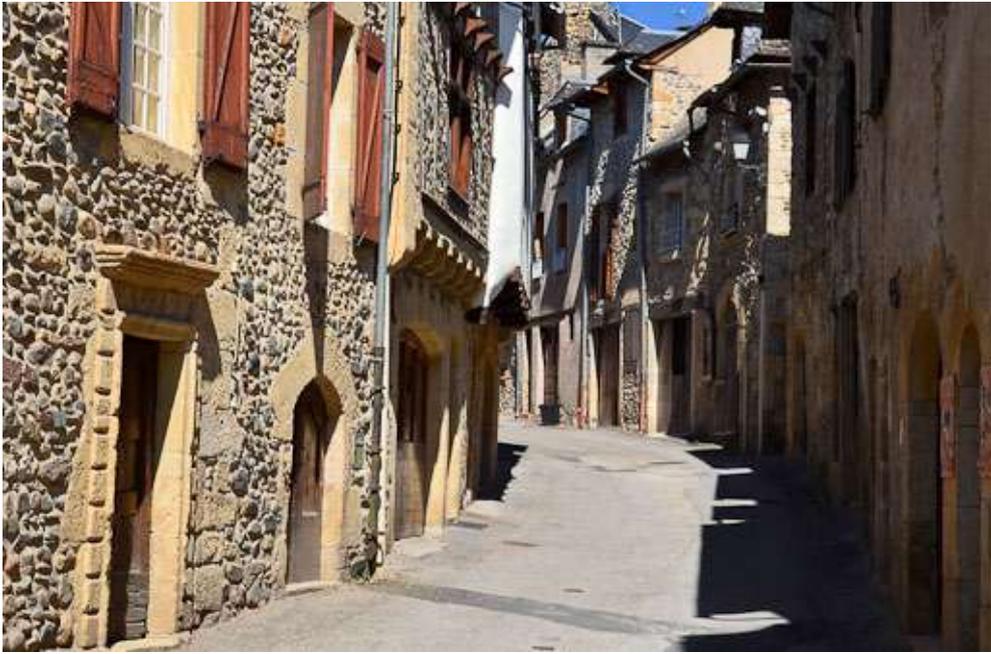
A mi paso, medio oculto por el tapiz floral, observaba preciosas vigas, contraventanas pintadas de variados colores, portones medievales o renacentistas.

Todo lo que exponía el pueblo era de una solemne sencillez medieval que ha sido correctamente conservada, manteniendo un aspecto genuinamente rural y campesino. Por lo que se concedió el galardón de las más bellas de Francia.

Esta magnificencia estaba acrecentada por la falta del bullicio turístico, las calles estaban desiertas de gentes y coches. El paseo era dulce, sin prisas, y me detenía a realizar fotografías sin la espera de permitir el paso de los visitantes. Se percibía el silencio, como banda sonora al precioso escenario original, de este bello pueblo del Olt.

Saliendo de la aldea caminaba por el romántico curso del río Olt, que fluía acompañado del paraíso natural que lo rodea. Y con la compañía del olor a río, humedad o moho y de plantas acuáticas, alcancé un antiguo puente que me permitió tomar una bella perspectiva de la maravillosa ubicación de la aldea junto al río, el bosque, las colinas y los campos que la envolvían.







ST- CÔME-D'OLT



Aun hoy, mientras escribo este relato, me sorprende con la increíble cantidad de paisajes, ciudades, pueblos y aldeas de una calidad inimaginable localizadas en el reducido circuito que estuve realizando por estas tierras. Saliendo de una, inmediatamente, tenía que detenerme a visitar otra.

Al abandonar Sainte Eulalie, seguidamente me hallé con esta otra población, catalogada igualmente como “Les Plus Beaux Villages de France”.

St Côme aparecía, apiñada en un fértil valle, formando un bonito conjunto a orillas del Lot. Un armonioso cuadro que observaba, desde la otra orilla del río, con el Lot fluyendo mansamente a sus pies.

Entré en la población, a través de una de las puertas que aún permanecen de las antiguas fortificaciones, y encontré un centro histórico reducido y compacto.





Después de la construcción del castillo, en el s.XII, el pueblo se expandió al amparo de la fortaleza obedeciendo al plano primitivo de la ciudad y a las limitaciones de espacio impuesto por la muralla circular. La aldea quedó ceñida, dentro de un círculo, alrededor del castillo; ocupando la fortaleza el centro de la aldea.

En el s.XVII las zanjas de las murallas fueron tapadas y sustituidas por el amplio paseo que hoy envuelve la ciudad. En sus murallas se abrieron puertas y ventanas, transformándose las antiguas murallas en las fachadas de las nuevas viviendas.

Recorría sus estrechos callejones desiertos donde mis pasos sonaban con eco sobre el pavimento. Caminaba entre una maraña de constreñidas callejuelas, en las que parece no entrar nunca el sol y percibiendo el olor peculiar de las calles angostas y sombrías.

Descubría magníficas construcciones medievales y renacentistas de terratenientes o burgueses, que huyendo de los duros inviernos en las tierras de Aubrac, edificaban sus elegantes mansiones en este lugar. La aldea exhibía el encanto de las bellas casonas de los s.XV y XVI junto a palacetes medievales con torreones y fortificaciones anexas a las murallas de la ciudad.





La aldea, encerrada en sí misma, tenía un encanto especial y en un callejear circular me permitía descubrir la original arquitectura de sus casas, cuya altura impedía a la luz del sol iluminar las calles del todo.

El ambiente de soledad del pueblo con sus casas de piedra, sus tejados increíblemente inclinados, su carácter medieval casi lóbrego, umbroso, oscuro... de una originalidad perfecta, ejercía un efecto de... catapultado a un mundo diferente . Saint-Côme-d'Olt era una puerta al pasado.





En este paseo circular llegué a su epicentro, ahí donde se eleva el castillo del s.XII, cuyos propietarios eran los señores de Calmon d'Olt y señores de Espalion. Castillo, diseñado originalmente como fortaleza de combate, fue posteriormente restaurado como residencia en el s.XVI.



El centro de la aldea, junto al castillo, se encuentra ocupado por la iglesia de ST-Côme-d'Olt. El templo se construyó en el s.XVI en el estilo gótico.

Lo que enseguida atrajo mi atención fue el tejado puntiagudo de su campanario... Pero ¿Qué le encontraba de extraordinario?

¡Era su especial trenzado nunca visto ¡ Aun hoy se desconoce si este diseño fue intencionado o accidental.

Esta aldea da la bienvenida a los peregrinos, que viniendo del Puy, descienden de las tierras de Aubrac para a continuación dirigirse a Espalion y atravesar el Lot por su magnífico puente gótico.

Etaapa que les conducirá entre profundos y espesos bosques a la aldea de Conques con su increíble iglesia románica. Un punto de encuentro de peregrinos que se dirigen a Compostela.



ESPALION



El sol continuaba inalterable brillando sobre un cielo añil profundo. Esta incandescencia ralentizaba el movimiento, lo detenía y el paisaje se revelaba a través de una imagen fija... irreal... como si contemplase una bonita acuarela.

Sentía el sol en la piel... la calma en la naturaleza... ni un soplo de aire removía las aguas del Lot. Observaba este increíble paisaje del agua, convertida en un brillante espejo, donde las imágenes rojizas del hermosísimo puente medieval, el bello palacio y las viviendas de los curtidores resplandecían con intensidad sobre sus aguas.

Esta imagen invitaba a la añoranza, un ensueño de poesía echo realidad. Ahora, mientras contemplo las fotografías de este lugar, trato de contener la arrolladora nostalgia, el deseo de regresar...

Espalion es una invitación al sosiego, a caminar a lo largo del Lot. El encanto de emprender el cruce del Vieux Pont con los aires místicos que impregnan el lugar... el éxtasis de los miles de peregrinos que atravesaron este puente durante cientos de años en su camino a Conques, una etapa primordial en el largo viaje a Compostela.





Permanecía sobre la balastrada del puente, corazón de esta aldea desde el año 1060, observando el increíble y animado multicolor del paisaje. Este contraste de colores de la arenisca roja del puente... las casas de los curtidores con sus balcones de madera... las formas del palacio con sus torrecillas. Junto a las pintorescas casas de color pastel junto a los prados herbosos y los arboles asomándose al Lot.

Todo este conjunto inspira al arte, a la pintura... me envolvía una maravillosa calidez y sentía esa intensa atracción que me transmitía esta atmosfera de equilibrio sosegado, incluso natural, entre la humanidad y la tierra.

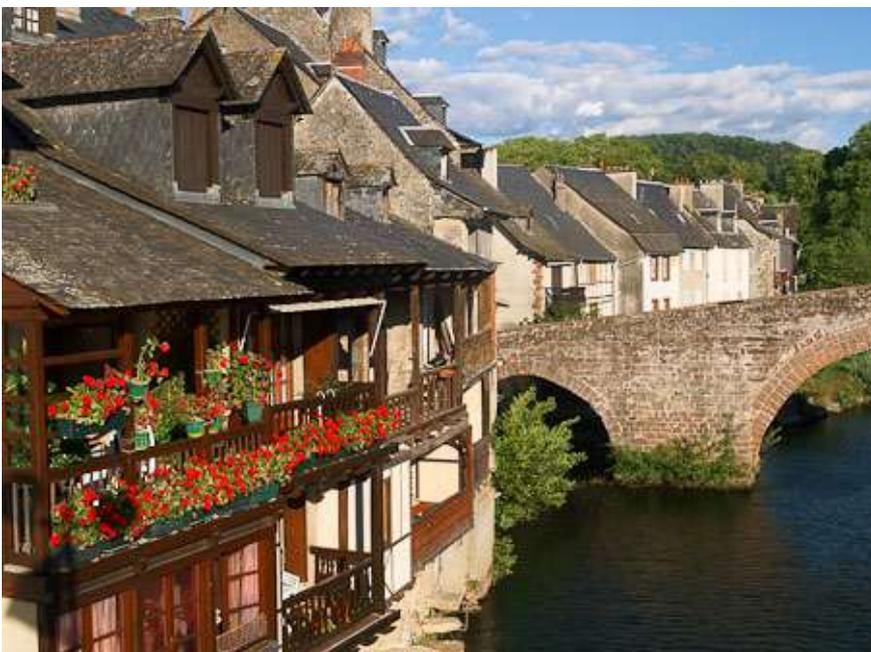
Recorría las orillas, conmovido por la paz y el silencio de un lugar, donde la belleza del entorno transforma la melancolía en felicidad.

Desde el paraje del jardín del Forail gozaba de una sublime perspectiva de las tenerías, el Vieux Paláis renacentista del 1572, el puente y la naturalidad del lugar. Me sentía abrumado y dejé transcurrir el resto del día disfrutando del entorno, oliendo la humedad de las plantas... los perfumes del jardín Forail... hipnotizado por la inmovilidad del Lot.

Caía la tarde, y con el atardecer el sol se vistió en todo su esplendor tiñendo el cielo con un sinfín de tonos rosados y rojizos. Y el Lot resplandecía como una lámina esmeralda...











ESTAING



El Olt parecía inagotable en maravillosas sorpresas. Dejando la preciosa Espalion, la carretera serpenteaba siguiendo el curso del río Lot, y aguas abajo surgió la imagen de otro increíble pueblo que se asemejaba a la ilustración de un cuento de princesas, hadas y malvados reyes.

Ubicado al borde del Lot y entre las exuberantes colinas boscosas de las estribaciones de la Aubrac se alza, sobre un promontorio que domina la aldea, el castillo de los señores de Estaing. Una enorme mole de edificios, formas y volúmenes.

La visita la inicié sobre su puente gótico construido en el s.XVI. Siendo una construcción del camino a Compostela en su centro se levanta una original cruz de hierro forjado, símbolo del Aveyron. La vista del valle del Lot era preciosa, el río pasaba lánguidamente a sus pies y el eterno horizonte estaba dominado por limpios pastos, bosques y colinas... y la primera vez que se contempla a lo lejos, la visión de esta población queda retenida en la memoria para siempre.







La aldea de Estaing, perteneciente a “Les Plus Beaux Villages de France”, se ubica a los pies del castillo que afianzó la defensa y protección de todo el valle. La luz dorada del sol inundaba las calles y mis ojos se deleitaban con la visión de las bellas fachadas de los s.XVI, XVII y XVIII.

Mis pasos me trasladan a través de estrechos callejones medievales que me invitaban a realizar un viaje en el tiempo. Ascendía por caminos, que me conducían bordeando antiguas mansiones de piedra con tejados de pizarra, para después bajar por laberínticos callejones.





El pueblo ha mantenido su originalidad de asentamiento medieval perfectamente conservado en su primitiva disposición.

El recorrido, de una belleza insólita, me conducía por estrechas calles en pendiente al peñón rocoso donde se alza el castillo. Por el camino hallé una encantadora plaza, ocupada por la iglesia de Saint-Fleuret construida en el s.XV, su portal gótico se situaba frente de la entrada del castillo y la cruz de piedra esculpida, que se localizaba en su plaza, aludía a la ruta a Compostela.

El lugar estaba rodeado de mansiones de los s.XVI y XVII y parte de la gran obra del castillo. Esta atmosfera invitaba al reposo y a la admiración. Me senté en las escaleras de la iglesia y mientras daba un vistazo al lugar, intensamente iluminado por el sol, leía la historia de esta aldea y su castillo.





De esta forma descubrí la relación existente entre el, ex presidente de la república francesa, Valéry Giscard d'Estaing con este lugar.

Los primeros elementos del castillo actual parecen que datan del s.XV, siendo edificados en torno a un torreón del s.XII. Más tarde fue objeto de transformaciones importantes que modificaron su aspecto exterior, transformándolo en uno de los castillos más lujosos del Rouergue y digno de la influyente familia que lo habitaron.

Este castillo fue la cuna de la poderosa familia d'Estaing que dio a Francia a personajes de influencia y valentía heroica, militares, almirantes, prestigiosos políticos, valiosos cortesanos, y altos dignatarios de la iglesia.

El castillo, en posesión del Estado Francés desde la revolución, fue adquirido por el ex presidente de la república Valéry Giscard d'Estaing, miembro y descendiente de esta ilustre familia. Una fundación con su nombre se encarga de su patrimonio y en alguna de sus salas se ensalza su vida, su imagen política y los éxitos de este presidente (cosa que me importaba bien poco).







Pasado el castillo y desde el promontorio, donde se yergue el baluarte, observaba como al otro lado del peñón se extendía la aldea baja ubicada en el valle. Este rico valle es atravesado por el río La Coussanne.

Descendía por esta ladera, siguiendo un tortuoso recorrido, cercado por una maraña de callejones con antiquísimas casas de ondulados y retorcidos tejados de pizarra. Más allá de estos tejados veía unas colinas ondulantes que miraban al cielo y una amplia extensión de las tierras arboladas y los cultivos del valle sur de Estaing.

Caminaba por un laberinto de callejuelas, de gran encanto, bordeadas de casas con tejados de pizarra negra y fachadas de piedra sin tallar. Experimentaba una sensación de paz en el interior de estos pasadizos estrechos y toscamente tallados. Rebasando pequeños jardines y huertos alcancé al puente que vadea el río La Coussanne.

Esta parte de la aldea tenía un especial atractivo rustico con antiguas casas de construcción práctica y arquitectura tradicional. Tejados de losas de piedra de pizarra, sus callejones en sombra refrescaban el ambiente y el romántico puente sobre La Coussanne invitaba a respirar la humedad.

Bajando de las tierras de Aubrac el torrente “La Coussanne”, con muy poco caudal, serpentea lentamente rodeado de árboles, foresta salvaje y las fachadas de las viviendas construidas sobre el mismo torrente.







El suave clima del valle, protegido al norte por el macizo de Aubrac, ha hecho posible que Estaing tenga el viñedo más pequeño de Francia (exceptuado el de Montmartre en París).

Las caras norte se dedican al cultivo del castaño y producción de madera, el sur está reservado al cultivo de las viñas.

Al cruzar el puente sobre la Coussanne, rápidamente el paisaje se tornaba rural. Se abrieron amplios y limpios pastos y paseando, sobre la cálida hierba del campo, contemplaba la masa imponente castillo elevándose sobre los prados y la aldea. Como un faro, en el corazón de la ciudad medieval, su imagen compacta y maciza destacaba bajo un cielo terso y azul ribeteado de blancas nubes.

Durante el segundo fin de semana del mes de Septiembre, Estaing disfruta de sus fiestas medievales. Sus calles se trasladan al s.XIII. Sus plazas se convierten en mercados tradicionales donde los productos de la tierra se integran con otros de otras épocas, artesanos venden sus productos y se celebran banquetes. Por sus calles desfilan trovadores, malabaristas y toda suerte de caballeros junto a los habitantes de Estaing con vestidos medievales.





ENTRAYGUES-SUR-TRUYÈRE



El dulce y manso Lot, que me ha acompañado en este recorrido, cambia drásticamente. A mi izquierda se levantaban vertiginosas pendientes por las que trepaban tupidos bosques y algunas agujas calcáreas asoman en las crestas.

Entre los ríos Lot y el Aveyron se sitúa la Causse de Comtal con densos bosques y profundos barrancos por los que corren arroyos, que alimentan a los afluentes del Aveyron y el Lot.

A partir de la presa de Golinhac el Lot caía en una profunda garganta salvaje; pero aproximándome a la aldea de Entraygues, gracias a la apertura de un gran valle, el Lot volvía a deslizarse apaciblemente y con esa suavidad bañaba la población de Entraygues.

El perseverante sol, que me ha acompañado en todo el viaje, ha desaparecido bajo una neblina, calima... creo que producto del fuerte bochorno de aquellos días. La capa gris de nubes había sumido a la aldea en una luminosidad difusa.





El mosaico de colores, con el que he viajado, se había disuelto; los árboles, el río y las fachadas de la aldea... todo era blanquecino, desteñido por la difusa luminosidad del sol. Con su desaparición perdí mi ímpetu, la fuerza vital que me colma de satisfacción y entusiasmo. El sol me agudiza los sentidos, dilata la percepción del tiempo y da pulso a la vida.

Entraygues, “entre dos aguas” en lengua occitana, se encuentra en la confluencia del Lot y la Truyère. El río que había visto en las tierras de Gévaudan y que después recorrer el norte del macizo de Aubrac se funde con el Lot. Al entrar en la aldea lo primero que me atrajo fue su castillo. La ciudad fue fundada a mediados del s.XIII, al mismo tiempo que el castillo, y fortificada en 1357 por tratarse de un punto estratégico en la encrucijada de los caminos entre Auvernia y el valle del Lot. Destruída y saqueada, junto al castillo en 1587, hoy solo quedan dos torres cuadradas con matacanes de las 213 torres conectadas con murallas que protegían la ciudad. El pueblo aún conserva agradables calles medievales con casas de los s.XV y XVII que poseen bellos entramados de madera y voladizos.

Pero, sobre todo, lo que más resaltaba es la extraordinaria ubicación de la aldea situada entre las gargantas y los valles que forman los dos ríos, La Truyère y el Lot. Aquí, la belleza y la perfección de la naturaleza, ejercía toda su fascinación con grandes valles boscosos del que brotaban altas crestas rocosas y con vistas a profundas gargantas. Estas cualidades le confieren a Entraygues un especial atractivo para el turismo deportivo o náutico.





Al cruzar los puentes medievales del s.XIII, que atraviesan ambos ríos, me hallaba envuelto en una masa boscosa intensa y salvaje por donde fluían apaciblemente ambos ríos. Las proyecciones de las imágenes de los puentes, arboles, casas... sobre los ríos era preciosa... Y Con sol lo habría sido mucho más.

Los amplios paseos, por las riberas de la población, son de un bucólico romanticismo. Los senderos serpenteaban entre arbustos en flor, caminos encerrados entre setos y muros de piedra... reinaba un silencio ni siquiera roto por el encuentro de ambos ríos en su unión.

Había estacionado sobre una playa de guijarros al borde del Lot, una tranquila pernocta natural. Me acomodé sobre los guijarros y leyendo esperé al anochecer; no hubo puestas de sol y por primera vez no pude contemplar el cielo nocturno iluminado por las estrellas.

La noche fue encantadora, escuchaba el suave rumor del Lot y el canto de alguna lechuza. Amaneció con claros y emprendí el camino a la exquisita Conques.

La salida de Entraygues la realicé por una carretera panorámica, al borde de un profundo barranco. Al llegar a lo alto me detuve en un mirador y disfruté de una bella vista del paraje de Entraygues, el sol iluminaba el lugar... y hoy pienso que debería haber vuelto a la aldea... para realizar una representación fotográfica a la luz del sol.





CONQUES



Recorría una estrecha carretera en lo alto de una cresta por una tierra confinada entre densos bosques, escarpados barrancos de verdes exuberantes, cañones y precipicios; a ambos lados una bóveda de foresta se elevaba hacia el cielo. Atravesaba minúsculas aldeas, aisladas granjas y cuando la carretera inició el descenso a un valle apareció la primera señal de “Conques Les Plus Beaux Villages de France”.

Me detuve en el llamado “Le site Du Bancavel” un mirador con un panorama extraordinario, que permite apreciar la especial localización de este lugar en medio de un entorno precioso y natural.

La aldea brotaba sobre un remanso de verdor en un remoto valle y rodeada de montañas con bosques salvajes y altos cañones. Un lugar donde la naturaleza y la historia parecen haber concluido un acuerdo y conjugado sus fuerzas para dar a luz esta obra de arte. Una gran iglesia abacial y su pueblo que han salido intactos del fondo de los siglos.





En el interior de una meseta ondulada los ríos Lot, Dourdou y sus afluentes, han abierto una red de valles sinuosos y profundos. En este lugar los desfiladeros tallados por el torrente Ouche, en su encuentro con el valle del Dourdou, se ensanchan y trazan una especie de circo de pendientes escarpadas, afloramientos rocosos y las manchas sombrías de los bosques de castaños que suscitan un paisaje grandioso y salvaje.

Esta, casualidad de la naturaleza, forma un emplazamiento en forma de “Conque” del Latín “concha”. Lugar ideal con la forma representativa del peregrino en una de las principales etapas francesas en el camino a Compostela.

Este cuadro natural se revela también como una opción practica por sus ventajas climáticas; la iglesia y el pueblo están instalados en la ladera soleada y protegidos de los vientos del norte. La aldea se encuentra lo suficientemente alta para escapar de la humedad y las nieblas del fondo del valle y con abundantes manantiales de agua que la atraviesa.

Contempladas desde este mirador de Bancavel las viejas casas de Conques formaban, con la Abadía de Sainte Foy que parece aplastarlas con su masa, un conjunto indisoluble y de un encanto excepcional.





Permanecí largo tiempo en este mirador, la quietud del viento semejaba haber congelado todo, incluso los sonidos... El aire no se movía y todo parecía suspendido.

Estacioné en el parquin, que se encuentra en el extremo de la parte superior de la aldea, y comencé el descenso estupefacto al encontrarme rodeado de tanta belleza. Un paisaje majestuoso, inalterable durante siglos... parecía salido de un cuento. Había algo real e irreal al mismo tiempo, algo familiar en él... como si lo hubiese visto antes en un sueño.

Pasaba junto a hileras de bonitas fachadas con entramado de madera en la que cada casa poseía un encanto especial; una magnífica arquitectura de mágica realidad cuyo conjunto parece haberse armonizado a través de la historia.

Cada callejuela, cada esquina era un descubrimiento y recorriendo este lugar tenía la impresión de haber sido proyectado al pasado.

De hecho la carretera del s.XIX, por la que descendía y que atraviesa la población de Oeste a Este, es la única alteración de su trazado original de la edad media; toda la aldea ha conservado su imagen ancestral. Conques se puede recorrer metro a metro para empaparse de su belleza y de la tranquilidad que inspira.





Las casas más antiguas datan del fin de la edad media pero en conjunto la arquitectura de las casas es de una gran unidad estilística impecable, independientemente de la época de su construcción.

Sus muros son de piedra de pizarra, por ser la más abundante en la zona, usada tanto para su construcción como para las lajas de sus tejados y el pavimento de sus calles.

En algunas casas se encuentran piedras de caliza amarilla que se localizan a veces en forma de columna o fragmentos esculpidos que provienen de antiguos edificios monásticos de la propia abadía, cuando a principios del s.XIX se demolió el claustro y sus materiales se usaron como cantera.

La originalidad de Conques reside también en sus fachadas de entramado, siguiendo la misma técnica desde el s.XV hasta el 1900, con lienzos de maderos dispuestos en diferentes formas y con relleno de pizarra. Las más bellas fachadas tienen dos pisos en voladizo sujetadas por vigas con cabezas talladas en las repisas.

La autenticidad de su conservación es de escrupulosa pureza, su color monocromo le imprime una realidad histórica. No han caído en el error de pintar las fachadas de vivos colores, porque que las pintorescas restauraciones de policromáticas que se ven en otros lugares son producto de la imaginación moderna.





El paisaje urbano era fascinante y el recorrido colmaba de admiración, curiosidad y asombro a todos los que descendíamos por la calle. Los niños disfrutaban con la sensación de encontrarse en una ciudad imaginada por los hermanos Grimm.

En un maravilloso itinerario abandoné la carretera que atraviesa el pueblo y me introduje entre preciosos callejones que recorrían pronunciadas cuestas adoquinadas. Los adoquines de pizarra, que eran como un manto de trama negra a lo largo de las calles estrechas y tortuosas, transferían a mis pasos un sonido incomparable... como un timbre metálico.

Recorría sus empinadas callejuelas cuesta arriba y abajo siguiendo las numerosas escaleras que salvaban la distribución en terrazas de las viviendas sobre la ladera del valle.

La fachada principal de las casas se orientan hacia el sur en busca del sol y con unas fantásticas vistas de la aldea y el valle. Al fondo, sobre los tejados, destacaban las colinas con frondosos bosques en sus laderas.





Me perdía por sus callejones, donde se respiraba la paz y tranquilidad, sintiendo el ambiente del pasado. Era una zona de artesanos donde los locales comerciales y sus viviendas estaban pegados unas a otras.

Me envolvía la armonía de sus casas y la belleza de jardines y flores que impregnaba el aire de encantadores perfumes florales.

Alzaba la mirada y contemplaba los altos techados de pizarra en los que el sol dibujaba reflejos de plata. Y sobre las techumbres afloran buhardillas y pináculos que contribuyen a un mayor encanto de la población.





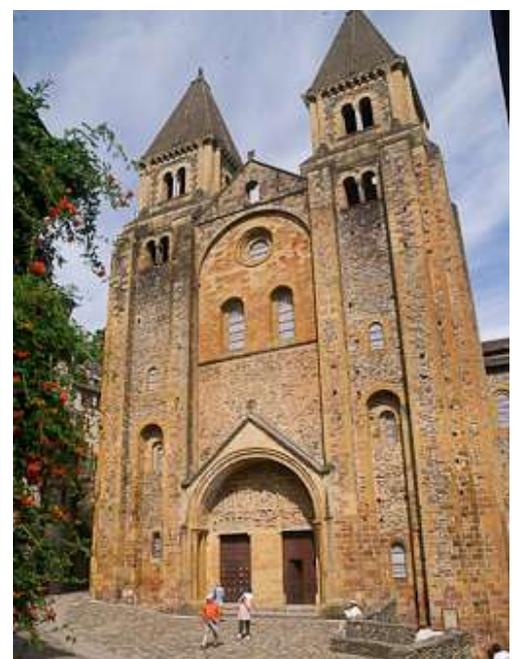
Este recorrido me transportó a su majestuosa plaza, en la que fuera del periodo vacacional, la serenidad de este recinto era extraordinaria. Este lugar disfrutaba de su atmosfera mística; el silencio del lugar ceñido por el resplandor áureo de la luz que iluminaba la piedra dorada de la abadía.

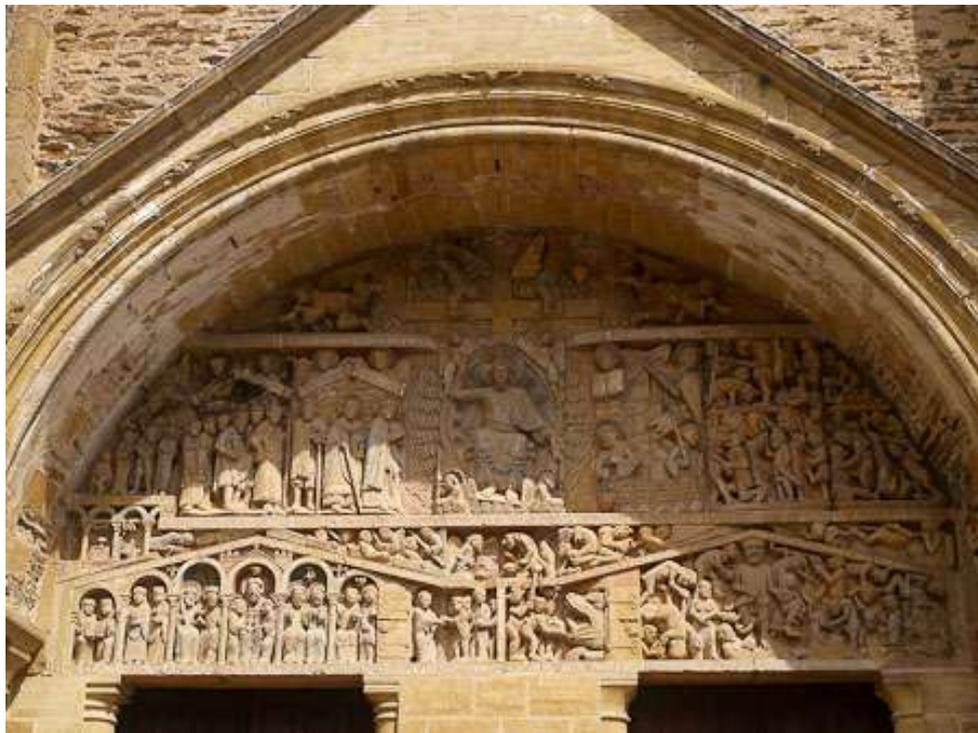
Al pie de las dos torres de la fachada, que se pueden ver desde prácticamente toda la villa, coincidí con numerosos y cansados peregrinos, que ya sea en solitario o en grupos, soportaban pesadas mochilas, bastones...

Escuchaba conversaciones en diferentes idiomas pero entre ellos, cuando coincidían, siempre había un signo de reconocimiento, de saludo y de fraternidad... Conques convierte a este lugar en un extraordinario punto de encuentro entre personas de diferentes países y culturas.

Los peregrinos, en su ruta a Compostela, llegan a esta aldea caminando desde el Puy, en el Haute Loire. Han atravesado las planicies desiertas de Auvernia, han cruzado las tierras austeras y salvajes del Aubrac y subido a través de gargantas y bosques para llegar a este lugar. Donde la comunidad de religiosos de Conques les da la bienvenida.

Esta abadía se ha convertido en una de las etapas más concurridas del camino a Compostela que sale del Puy en Velay.





La fachada principal se abre sobre la pintoresca plaza medieval cuya forma semicircular parece albergar y proteger celosamente la iglesia románica de Sainte Foy. La luz del sol se derramaba alrededor de la plaza creando un efecto de tiempo detenido. La tranquilidad y el poder romántico, que brotaba de este lugar, me fascinaban.

En este entorno medieval destaca el Tímpano de su puerta, que posee una magnífica representación del juicio final. Una escultura que contrasta con la desnudez general de la fachada.

La escultura, del 1135, describe el juicio final con el diablo en el infierno y Cristo en el cielo en la parte superior del Tímpano. Con una magnífica riqueza escultórica esta escultura representa el pesaje de las almas, una idea innovadora a principios del s.XII.

Al entrar fui acogido por un repentino frescor, sentía como si la piedra respirara. Despacio, rodeado de silencio, giré sobre mí mismo y elevé la vista... el lugar me sobrecogió.

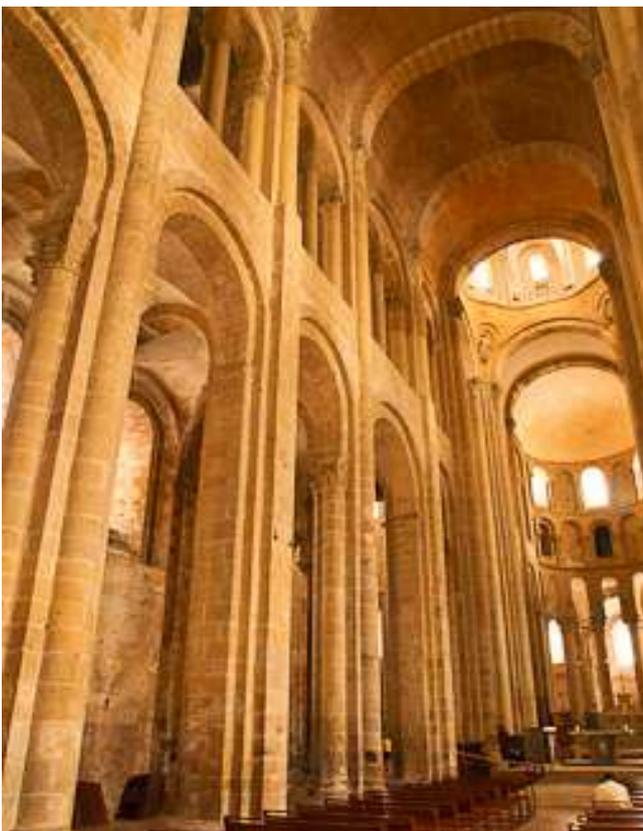
Aquí dentro percibía la presencia etérea de sentimientos que han perdurado durante los tiempos, las pasiones y las emociones que han dejado una huella indeleble sobre la atmosfera de este lugar. En este recinto vagan los espectros de las exaltaciones de infinidad de vidas.





Avanzaba por la nave, solemnemente silenciosa he iluminada de forma natural por las numerosas ventanas que envolvía la basílica, con pasos silenciosos como de pies desnudos en la hierba. Sentía las irregularidades de las losas... siglos de lenta erosión que han convertido el piso en un suave pulido... la pátina del tiempo. Y quedarme allí sentado... un rato en la soledad.

En el aire se elevaba un penetrante aroma a incienso, mezclado con el olor a cera de las velas votivas que iluminaban oscuros rincones, y disfrutaba del resplandor denso y ambarino que el sol imprimía sobre sus puras, elegantes y delicadas formas.

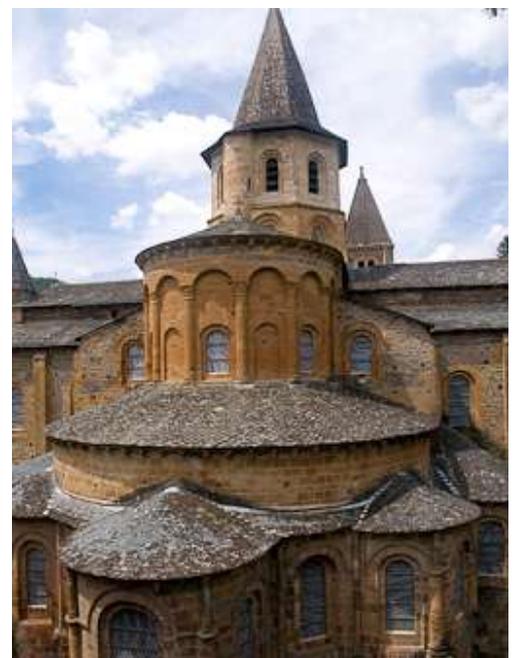




Conques debe su origen a un ermitaño, llamado Dadon, que se había retirado en el s.VIII a este lugar salvaje para llevar una vida contemplativa. Poco después, según una carta del año 819, “un hombre lleno de piedad llamado Medraldus se retiró al mismo lugar y vivió con Dadon. Y la santidad de ambos se extendió por los pueblos vecinos y otros, sintiéndose atraídos por la misma vida contemplativa, decidieron tomar este tipo de existencia. El grupo piadoso aumento poco a poco y elevaron en este lugar una iglesia dedicada al Santo Salvador y como monjes adoptaron la regla de San Benito.

Durante esta época los soberanos Carolingios favorecían las instalaciones de monasterios (una forma de gestión administrativa de las tierras en zonas aisladas) y colmaban de favores a estas comunidades. Las crónicas hablan de visitas de Carlomagno, y posteriormente sus hijos, entregando ricos presentes a la comunidad de religiosos. Pero su mayor apogeo comenzó con un “hurto”. En una época en la que la riqueza de un monasterio la determinaba las reliquias que podían atraer a un peregrinaje para su veneración... junto a sus donativos, Conques carecía de ellas.

Sainte Foy fue una joven de 12 años que se convirtió en una de las primeras mártires cristianas y sus reliquias se conservaban en el monasterio rival de Agen, lugar de su martirio. En el s.IX un fraile de la Abadía de Conques robo las reliquias y con las reliquias de Sainte Foy en Conques, se desvió la ruta de los peregrinos a este remoto lugar. Estableciéndose en Conques una importante etapa del camino a Compostela.





Con las nuevas riquezas aportadas por los peregrinos comenzó la gran expansión del s.XI. La iglesia de Sainte Foy fue totalmente reconstruida entre el 1045 y 1060, siendo una de las primeras iglesias románicas de peregrinación a Compostela (esta abadía poseía también una capilla y un hospital en Roncesvalles).

Su riqueza llegó al extremo de que hoy su tesoro (durante la revolución francesa se ocultó en el pueblo y no pudo ser localizado) contiene la colección de orfebrería en oro medieval y renacentista más importante de Europa occidental. Parte de este tesoro se elaboró en los talleres de la propia Abadía y a estas, se les sumaron las ofrendas de los reyes Carolingios, incluido un relicario regalo del propio Carlomagno.

Durante la revolución francesa la Abadía fue abandonada y devastada, a partir de 1837 se inicia la restauración de la iglesia abacial. En 1874 se emprendió su completa rehabilitación, se reconstruye la columnata del coro, las bóvedas... y a partir de 1881 comienza el levantamiento de las dos torres de la fachada.

Del Claustro solo conserva dos secciones de la arquería original del s.XII y una bella plaza que los peregrinos atraviesan para dirigirse a los edificios monásticos, donde son recibidos y les proporcionan alojamiento.

Desde este lugar podía contemplar la masa imponente de la abadía cuya fachada sur está orientada de modo que la superficie dorada captaba y reflejaba el sol sobre el patio del claustro y bajo esta luz, la plaza y su fuente tenían un aspecto particularmente prístino y encantador.





Desde la Abadía la villa se estira a lo largo de la calle Carlomagno, ruta por el que entran los peregrinos a la ciudad. Abandonando esta calle, y serpenteando por callejones, llegué a la antigua puerta de Barry. Elemento de las fortificaciones que protegieron desde sus orígenes a esta ciudad, particularmente durante la guerra de los cien años, y que presenta las características de un edificio fuerte del s.XI.

La puerta de Barry desemboca en los barrios bajos de la villa, lugar donde se concentraban en otra época las actividades artesanales (molinos, curtidores...). Su fuente románica me permitió refrescarme y desde este lugar contemplaba otra bella panorámica de la aldea de Conques, en su aspecto aún más medieval si cabe.

La *Vía Podiensis* es la más antigua de las rutas que llevan a Compostela. Inaugurada en el 951 por el obispo Godescalc y con una longitud de 1.530 kilómetros, sale de Puy-en-Velay para atravesar el alto Gévaudan, entra en Lozère por Aubrac donde probablemente la inmensidad del paisaje está a la par con el sentimiento de soledad de donde la vía saca su símbolo y pasión. Las amplias extensiones de pastos, bosques y valles de increíble belleza convierten a esta ruta en una de las más hermosas. Esta etapa es considerada como el jalón histórico y simbólico del patrimonio mundial que representan los caminos a Santiago de Compostela.



FIGEAC



Abandoné Conques descendiendo por una enrevesada carretera rodeada de densos bosques hasta alcanzar el Valle de Dourdou, y continuando su cauce llegué al río Lot, donde las señales me llevaron a Figeac. A la llegada estacioné en el área de AC que se encuentra en la parte alta, al lado de las murallas.

Desde el parquin, en un corto paseo, alcancé la iglesia de Notre Dame du Puy; que se halla sobre un alto que domina la ciudad. Al lado de la iglesia hay unos tranquilos jardines escalonados que ofrecían una vista única de todo el valle y la mejor imagen de los tejados de la ciudad. Figueac está emplazada en un ambiente natural precioso, entre verdes prados y rodeada de un magnifico relieve montañoso ribeteado de frondosos bosques.

Con esta ruta me he salido del Aveyron y entrado en el país de Quercy. Pero la proximidad de esta extraordinaria ciudad, con su excepcional patrimonio arquitectónico medieval, el sosiego y a la vez animación que se disfruta al pasear por sus calles peatonales. La convierten en un lugar ineludible y merece la pena el desvío para su visita. Esta ciudad, habitual etapa en mis viajes, y en estos jardines, relajado con la lectura de un libro, he vivido bonitos e inolvidables atardeceres.





Figeac se inicia, a partir del s.IX, alrededor de un monasterio de religiosos venidos de Conques. El Abad del monasterio es el señor directo de la villa y la dirige acompañado de una delegación de ciudadanos. Todos los servicios administrativos se encuentran en el interior de la Abadía.

Figeac se sitúa en la ruta de peregrinaje, que viene del Puy y de Conques, camino a Compostela y con el afluir de peregrinos y viajeros, sus artesanos y comerciantes se beneficiaron enriqueciéndose gracias a esta extraordinaria situación geográfica entre Auvernia, Quercy y el Aveyron.

La ciudad crece, los ricos comerciantes inician una labor constructiva de elegantes y suntuosos palacios. Los artesanos no les van a la zaga con sus magníficas mansiones e instalando los talleres en amplios portones que se abrían a sus estrechas callejuelas.

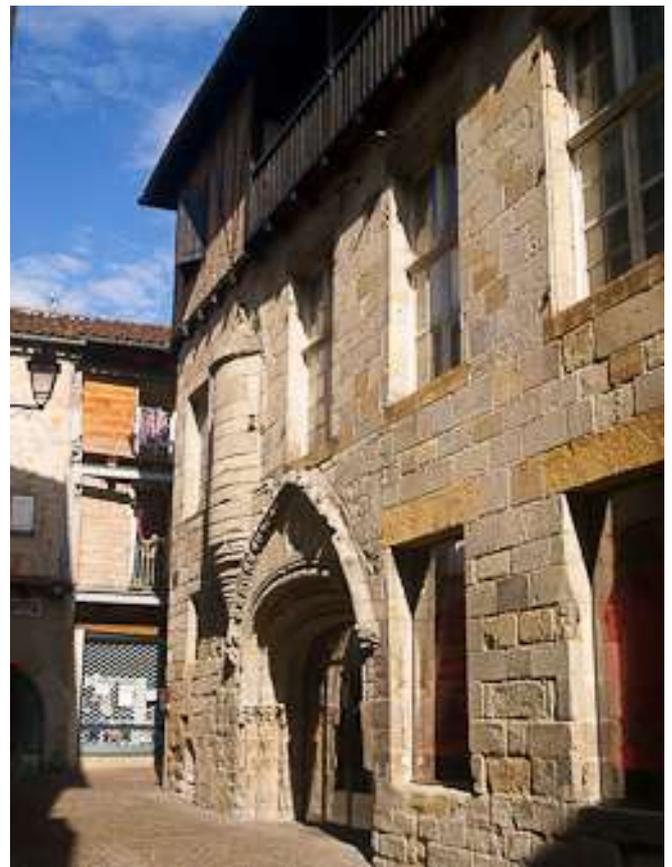
En 1302 el Abad del monasterio cede la villa al rey Felipe el hermoso y, a partir de ese momento, se convierte en ciudad real; siendo dirigida por un grupo de Cónsules y sus ciudadanos. Adquiere el derecho de instalar una fábrica real de moneda (actual oficina de turismo).

Se ralentiza su desarrollo durante las guerras de los cien años y las guerras de religión. Durante un año permaneció en poder de los ingleses, que la devuelven a los ciudadanos a cambio de una indemnización. Las guerras de religión encontró la ciudad dividida entre los católicos que seguían a Paris y los creyentes en la nueva fe protestante.





En 1576, los calvinistas de la ciudad, abrieron las puertas a los protestantes y la ciudad fue masacrada y gran parte quemada; convirtiéndose en un importante reducto protestante. Durante la libertad de culto promulgada en el edicto de Nantes la ciudad se declara protestante pero con su abolición, en época de Luis XIII, se dismantela este baluarte y es eliminado su culto. El siglo XVIII fue un periodo de prosperidad, crece el comercio, sus murallas y fosos son eliminados. Llegando la ciudad a nuestros días, tal como la contemplo ahora desde el jardín de Notre-Dame-du-Puy.



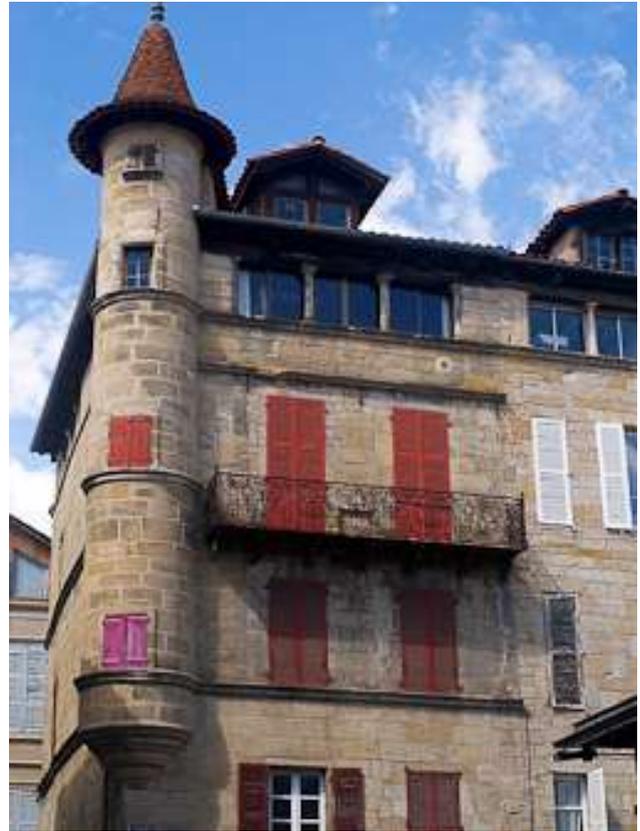


Desde la iglesia Notre-Dame-du-Puy descendía, por la adoquinada rué Deizhens, y me descubrí paseando al filo de calles estrechas y tortuosas. Atravesaba plazas íntimas que invitaban a descubrir las fachadas de sus viviendas, que modestas o lujosas, revelaban una excepcional calidad de su patrimonio arquitectónico. Un legado de la edad media magníficamente conservado.

Mientras caminaba por estas calles se manifestaba un Figeac sublime e inesperado; descubriendo rincones donde nada recordaba al presente. Sus portones góticos, antiguamente locales de artesanos y comerciantes, ahora aparecían ocupados por tiendas y cafeterías que me transmitían una sensación de atemporalidad; gracias a esa mezcla de lo antiguo y lo nuevo, creando un ambiente vivo y agradable.

Franqueé la encantadora Place du Champollion. En torno a este espacio abierto se erigen un conjunto de magníficos edificios medievales, entre los que se encuentra la antigua Comanderie de los Templarios. La Comanderie destacaba por su fachada de estilo gótico en la que se erigen grandes pórticos y ventanales ojivales que ocupan gran parte de la fachada. Su piedra, clara y cálida con la que está construida, reflejaba la luz del sol creando sombras alargadas dibujadas por sus cornisas. El contrapunto moderno lo constituían las blancas sombrillas de la cafetería que se hallaba en sus bajos.





Desde la Place Champollion alcancé la Plaza del mercado, que se localiza en el centro de su casco histórico. Esta plaza se halla, en su mayor parte, ocupada por la techumbre metálica del mercado (desgraciadamente el antiguo mercado del s.XVI fue demolido) y cuando no está instalado el mercado este lugar se encuentra ocupado por las terrazas de los locales cercanos.

También era un lugar de mucha animación ya que, habitualmente entre las mesas, había músicos y diferentes artistas alegrando el ambiente. Alrededor de la plaza hay estupendas fachadas de mansiones, entre la que destaca la torrecilla de estilo inglés de la Maison Cisteron.

Caminaba, abriéndome paso, entre las numerosas personas que abarrotaban las aceras de las estrechas calles comerciales; en las que la gente deambulaba entre las tiendas y los cafés con aspecto de jovialidad vacacional. Llegué a mi destino, la antigua fábrica real de moneda hoy ocupada por la oficina de turismo.





En este bello edificio suministran una hoja llamada "las llaves de Figeac". El recorrido de descubrimiento de Figeac está señalizado, en fachadas y esquinas, con placas que poseen la imagen de una antigua llave que indica la dirección y un número de referencia para el folleto.

Con este impreso y su mapa me adentré en un laberinto de callejones peatonales a los que se abrían magníficas puertas labradas. Descubría una variedad de callejuelas sombrías y tranquilas con características arquitectónicas excepcionales; en las que se mezclaba la piedra tallada, junto a altas casas entramadas con ladrillos cerrando las fachadas.

Su casco histórico conservaba su plano de la edad media, con sus calles estrechas y tortuosas, estando circunscrito por una hilera de boulevares que ocupaban el antiguo emplazamiento de los fosos de las desaparecidas murallas.

El viejo Figeac lo hallé muy bien renovado y ofrecía un paisaje, de una armonía encantadora, que revelaba un conjunto de casas y palacios construidos por los ricos mercaderes de Figeac. Sus fachadas entramadas presentaban las maderas pulidas, limpios los ladrillos y sin fantasías modernas; una fidelidad que mostraba una honesta imagen de su pasado.





Al nivel de la calle los muros de las casas, de los s.XII al XIV, eran de piedra arenisca de color tostado. Los pisos superiores descansaban sobre un bajo portificado y podían ser de robusta piedra tallada o ladrillo entramado con ventanales esculpidos en piedra o de antigua madera, algunas se inclinaban en ángulos precarios.

El “soleilho”, es una especie de camarote abierto utilizado para secar los alimentos; el tejado se sustenta sobre este camarote por pilares de madera, piedra o ladrillo.

Estas callejuelas me recibieron con su agradable sombra en una bochornosa tarde de Julio y, fuera de las zonas comerciales, con una tranquilidad de absorbente silencio y calma. Era todo quietud y sosiego con apenas unos pocos atónitos visitantes, provistos del mismo folleto de la visita, seguíamos el mismo itinerario.









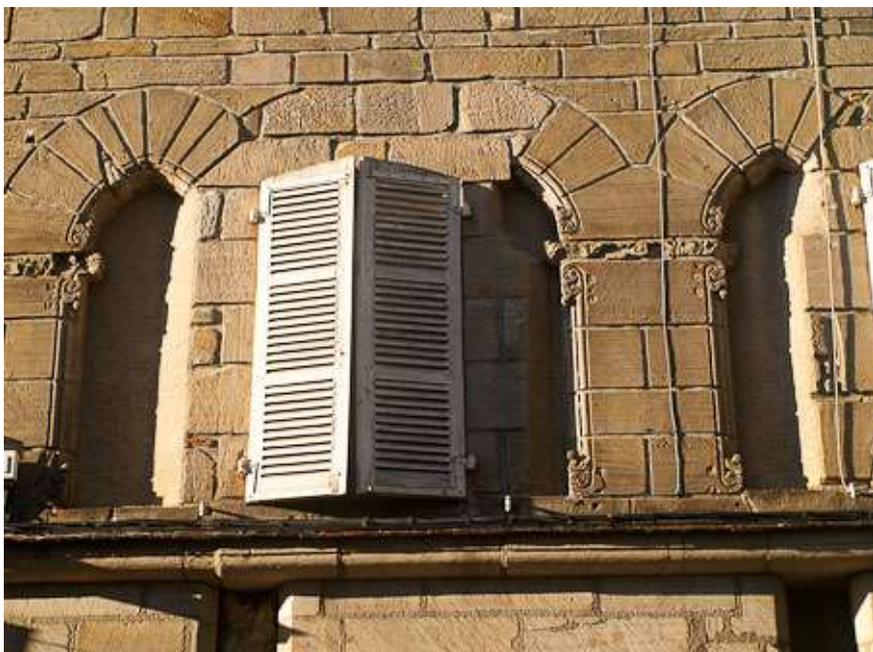
Las sombras se alargaban al tiempo que la luz del sol declinaba. Me aproxime a descansar en la ribera del río Célé, que naciendo en Auvernia en los montes del Cantal, atraviesa esta población. Pero, aun con el frescor del río, el lugar resultaba desagradable por el tránsito de vehículos.

Así que regrese a los tranquilos jardines de Notre Dame de Puy a contemplar, por encima de los tejados de Figeac, el atardecer con un resplandor violáceo anaranjado del cielo.

Y, mientras el crepúsculo se convertía en noche, salí para un último paseo nocturno. Excepto en las terrazas de la plaza del mercado, en el resto reinaba una quietud irreal. Atravesaba los serpenteantes callejones bajo antiguas farolas que colgaban lánguidamente iluminando apenas la calzada.









Jean-François Champollion, la piedra Rosetta y los Jeroglíficos Egipcios

En 1798 Napoleón invade Egipto, junto al ejército viajan varios centenares de científicos. En medio de esta guerra, contra los mamelucos y los ingleses, los estudiosos inician una campaña de excavaciones (son los precursores de la arqueología egipcia) y en una fosa de trincheras en el puerto de Rosetta es localizada la llamada "piedra de Rosetta". Al caer Egipto en poder Ingles todas las muestras arqueológicas obtenidas son incautadas por los británicos. Por esta razón la Piedra Rosetta se encuentra junto con otras obras arqueológicas en los museos Británicos.

Jean-François Champollion, nacido en 1790 en Figeac, se siente atraído desde niño por las inscripciones jeroglíficas y con la intención de descifrarlas se aplica a la profundización de las lenguas orientales conocidas.

A los 9 años aprende latín y griego, a los 13 años el hebreo y a los 14 años el árabe, el caldeo, sirio y copto.

Champollion emprende el estudio de la piedra Rosetta a partir de una reproducción que le permite identificar los nombres de cada uno de los personajes de la estela. Esta estela lleva la copia de un decreto escrito en caracteres griegos, demóticos (egipcio popular antiguo) y jeroglíficos. Comparando los tres textos estima que se trata de un mismo texto en tres idiomas y establece una lista de correspondencias entre ellos. De esta forma llega a identificar las letras y el alfabeto con tan solo a la edad de 32 años. Diez años más tarde fallece este genio de las lenguas.

De la Place Champollion sale una pequeña calle que conduce a la casa natal del egiptólogo, hoy alberga esta casa el musée Champollion. Este museo profundiza en las escrituras del mundo y ofrece una gran cantidad de información sobre la evolución de la escritura a lo largo de la historia en diferentes culturas. Es muy didáctico pero... lleva mucho tiempo, estudio y comprensión. Además de estar toda la información solo en francés.

Al lado del museo se abre la pequeña plaza de las escrituras, un lugar encantador rodeado de bonitos palacios. En esta plaza, sobre el pavimento, destaca la inmensa replica en granito negro de la piedra Rosetta.



VILLEFRANCHE DE ROUERGUE



En 1252 Alfonso de Poitiers, conde de Toulouse y hermano del Rey San Luis, decide crear una nueva ciudad en la margen derecha del Aveyron con el objetivo, junto a otras bastidas, de constituir una red urbana que ayude a consolidar la población rural.

A mi llegada estacioné cerca del río y, caminando junto a la ribera, contemplaba como la ciudad surgía a lo largo de la orilla río. En este lugar era donde antiguamente se encontraban los molinos, curtidores o tintoreros y aquellos oficios que necesitaban la proximidad del agua.

Villefranche de Rouergue perdió una parte importante de su aspecto medieval con la destrucción de sus fosos, murallas y puertas fortificadas. Esto hacía que su visión, desde el Aveyron, pareciese una aldea normal; pero en su interior se conserva su plano original de bastida con sus calles, casas y su monumental plaza central.





Después de contemplar la bella estampa que ofrecía el Quai de la Sénéchaussée, proyectándose en las tranquilas aguas del Aveyron, me acerqué al puente viejo o puente de los cónsules. Este puente fue mandado construir por el rey Felipe el Hermoso en 1298. Hoy el puente se parece poco al de entonces ya que sus dos torres, una en cada extremo para controlar el acceso a la ciudad y servir como peajes, fueron demolidas en 1730.

Al entrar en la ciudad por la Rue de la République observé que, al contrario que en otras villas turistas donde dominamos los visitantes, esta ciudad tiene un dinamismo propio y como en la antigüedad sigue siendo una ciudad viva y con una profunda actividad comercial.

Mis pasos me llevaban, en un agradable recorrido y envuelto en un ambiente especial, entre austeras fachadas medievales con escaparates comerciales en los bajos. Siguiendo las calles rectilíneas, que me conducían al centro de la ciudad, observaba la arquitectura de la bastida. Su planimetría es la característica de las ciudades fortificadas; sus manzanas son cuadradas con vías formando una cuadrícula regular con calles paralelas y perpendiculares convergiendo en su plaza central.





Sus calles lineales evitaron que me perdiese en un laberinto de callejuelas y avanzaba, siguiendo sus paralelas y perpendiculares, descubriendo la arquitectura de casas y mansiones.

La bastida, en sus orígenes y después de determinar su red de calles, se distribuyó los terrenos en cientos de parcelas. A cada lote de parcela para construir se le concedía otro lote de terreno cultivable en el exterior de sus murallas. Y cada familia, asignada el lote, disponía de un tiempo determinado para edificar la vivienda.

Estas construcciones individuales, junto con las posteriores reformas, los derribos y la construcción de nuevas edificaciones hacía que, en el paseo por la ciudad, contemplase un heterogéneo ejemplo de fachadas, ladrillo, barro, piedra o entramadas.

Perdonada por todas las guerras Villefranche ha conservado su patrimonio, un testimonio intacto que conserva estas casas de diferentes de diferentes épocas y movimientos arquitectónicos.

En este deambular entre calles, era conducido paso a paso hacia la plaza de Notre Dame, verdadero corazón de la antigua bastida y lugar en donde convergen todas las vías.





La caminata por las calles de la bastida llevan obligatoriamente a la Plaza Mayor; todos los caminos conducen a este lugar. Siguiendo como referencia el alto campanario de la Colegiata, que destacaba por encima de los tejados, llegué al mismo corazón de la ciudad.

La plaza se hallaba bordeada de soportales de arcos ojivales que soportan las mansiones más importantes del fin de la edad media y del renacimiento, así como palacetes de los s.XVI y XVIII. En uno de los extremos de la plaza descollaba el desmesurado pórtico de la colegiata y, elevándose hacia el cielo, su imponente campanario dominaba toda la explanada.

Situada en el centro de la bastida, la plaza de Notre Dame ocupa un espacio enorme y era el lugar de intercambios económicos y corazón de la política comercial y religiosa.

La mayoría de las casas de la plaza estaban ocupadas por comerciantes. Las tiendas se encontraban bajo los pórticos y las mercancías expuestas estaban protegidas bajo los soportales. Este espacio fue una gran galería comercial que se extendía por los pórticos hasta la misma colegiata. Incluso actualmente, cada jueves por la mañana, se lleva a cabo en este lugar uno de los mercados más bellos de la región.









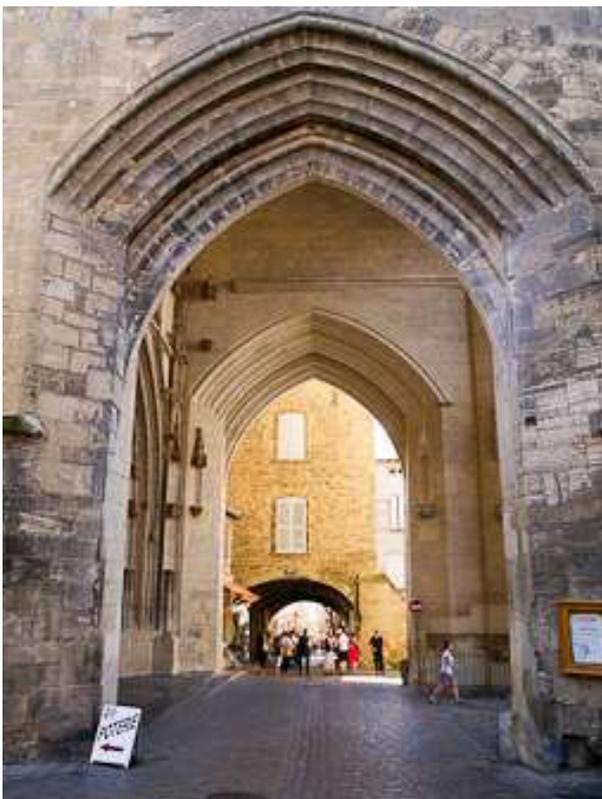
La monumental plaza, con su original pavimento inclinado y bellamente adoquinado, lamentablemente cuando no hay mercado se usa como parquin. Rompiéndose de esta forma todo el encanto medieval que posee.

En la plaza destaca la hermosa colegiata de Notre Dame; su construcción comenzó en el s.XIII pero sus obras fueron interrumpidas repetidamente a causa de la peste negra y posteriormente por la guerra de los cien años. No fue hasta finales del s.XV que se completaron, siendo este edificio un referente de la evolución de la arquitectura gótica.

La colegiata era un gigante de piedra y de espectacular arquitectura con un impresionante porche, que cruza sobre la calle, donde se abre en un admirable pórtico gótico. Y sobre la gran arcada, que se abre a la plaza, se elevaba la torre, con una altura de 58 metros, dominando la plaza de Notre Dame con su inmensa masa.

Las campanas de su torre ofrecen la oportunidad de jugar con un amplio repertorio musical de la mayor precisión. El campanario, como una banda sonora, me acompañó durante la visita con unas agradables melodías.

El horario de apertura de la colegiata y el de subida a la torre no coincidió con mi visita; pero si puedes subir los 163 peldaños de la torre se puede gozar de una extraordinaria vista sobre la ciudad.



La esperanza, La sierra de Teruel y André Malraux

El escritor francés André Malraux llega a Madrid en Mayo de 1936 como agregado cultural de la embajada francesa.

Poco después, con el golpe fascista en España, se dedica a la organización de una escuadrilla aérea en apoyo a la Republica.

En este periodo escribe la novela *La esperanza* (había esperanza del triunfo de la Republica). Posteriormente inicia el rodaje de la película *La sierra de Teruel*, basada en la novela y que narra la vida de un grupo de pilotos.

La mayor parte del rodaje se realizó en Cataluña, pero se vio interrumpido por el avance de las tropas franquistas. El equipo tuvo que salir del país y terminar la película en Francia. Varias de estas secuencias se rodaron en esta plaza, algo le evocaba a André Malraux con alguna arquitectura similar de su estancia en España.